

Agustín de Iturbide y su plan de pacificación en 1821

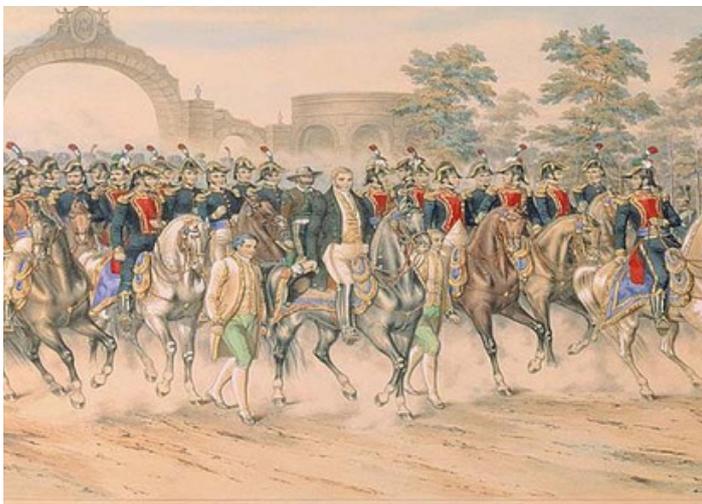
EDUARDO A. OROZCO PIÑÓN

Desde que el coronel Agustín de Iturbide fue nombrado comandante del Sur y rumbo de Acapulco por el virrey Juan Ruiz de Apodaca –en noviembre de 1820–, mandó una serie de cartas a diversas personalidades del ámbito de la política, el ejército y el clero novohispanos. En estas misivas, Iturbide se refirió en no pocas ocasiones a un “plan de pacificación” o simplemente a “un plan” que tenía la intención de lograr la independencia novohispana.

El plan iturbidista fue revelado sólo a algunos contactos a mediados de enero de 1821, por ejemplo se le envió un borrador del mismo y una proclama a Juan José Espinosa de los Monteros para que leyera los papeles y enviara las correcciones que le parecieran convenientes. Iturbide le aseguró que ambos documentos estaban relacionados con un importante evento que habría de acontecer el próximo mes.

El anunciado acontecimiento ocurrió el 24 de febrero de 1821, fecha en que se promulgó el Plan de Iguala. Este propuso la creación de un gobierno independiente, monárquico y constitucional, y en su artículo 16 señaló la creación de un nuevo ejército “protector” denominado “de las Tres Garantías”, cuya misión sería proteger los tres principios bajo los cuales se formó el proyecto de Iguala: religión, unión e independencia.

A partir de ese momento, el nuevo ejército inició una campaña militar para asegurar la independencia del “Imperio Mexicano”. Iturbide quedó al frente de dicha fuerza, en calidad de Primer Jefe trigarante, y emprendió una doble estrategia basada en lo político pero también en lo militar, en la pluma y la espada, para alcanzar los anteriores objetivos.



Iturbide al frente del Ejército Trigarante

La estrategia política

No cabe duda de que la independencia conseguida en 1821 fue, en parte, negociada y pactada por Iturbide. Destacan tres puntos de la acción política de este personaje. En primer lugar, se mantuvo vigente la legalidad de la Constitución española de 1812 para atraer a los grupos oligárquicos regionales que se agrupaban en torno a los ayuntamientos y diputaciones provinciales, no está de más recordar que ambas instituciones fueron creadas por el estatuto gaditano.

El caso de Puebla proporciona un buen ejemplo de cómo funcionó este primer punto. La oligarquía poblana, agrupada en torno al ayuntamiento de esa ciudad, pactó con Iturbide la creación de un consulado de comerciantes y de una diputación provincial a cambio de su apoyo al movimiento trigarante. En la ciudad de Valladolid sucedió algo similar, ya que el ayuntamiento y la oligarquía local otorgaron su apoyo a la independencia a cambio del establecimiento de una diputación provincial propia. De esta manera, Iturbide sacó partido de mantener vigente a la Constitución de Cádiz en aquello que no complicara “los intereses de la provincia”.

En segundo lugar, el comandante vallisoletano consiguió el apoyo de la Iglesia novohispana mediante la garantía de mantener “pura” a la “santa religión”, esto significó –como se señaló en el artículo 14 del Plan de Iguala– que “el clero secular y regular [quedan] conservados en todos sus fueros y propiedades”. Ambas prerrogativas se habían visto afectadas desde 1820 por los decretos seculares de las Cortes de Madrid, por lo que Iturbide prometió restablecer estos privilegios en diversas cartas enviadas, desde enero de 1821, al obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas de Guadalajara, al obispo Antonio Joaquín Pérez de Puebla y al arzobispo Pedro José Fonte de México, ganando la adhesión de ambos obispos.

En última instancia, el Primer Jefe trigarante aprovechó la libertad de imprenta, otorgada por la Constitución de 1812, para imprimir periódicos, folletos, pasquines, papeles volantes y todo tipo de documentación que sirviera como propaganda a la independencia y a las acciones del ejército trigarante. De esta forma, publicaciones como el Diario Político Militar Mejicano, El Mejicano Independiente o el Ejército Imperial Mejicano de las Tres Garantías mantuvieron el debate público a favor de la independencia. La propaganda trigarante también tuvo un importante papel en el desarrollo de la campaña militar, pues las ciudades sitiadas por las fuerzas independientes se inund-

aron con papeles que desmoralizaron a las tropas realistas, haciéndoles ver lo inútil de su resistencia, ya que la “voluntad nacional” estaba decidida por la independencia, y por ello mismo se les invitó a unirse a las filas del ejército libertador.

La estrategia militar

Desde que Iturbide concibió el Plan de Iguala, tuvo muy claro que se debía evitar el derramamiento de sangre para no enfrascarse en una nueva guerra civil de gran escala. Su movimiento pretendía estar exento de la violencia generada por los insurgentes y su contraparte realista en los años previos. Para ello, durante los meses en que fue comandante del Sur, sostuvo correspondencia con jefes y oficiales militares de diversas provincias novohispanas, invitándolos a ser parte del movimiento trigarante.

Algunos de los destinatarios de Iturbide fueron José de la Cruz, comandante de la Nueva Galicia; Luis Quintanar, comandante de Valladolid; Anastasio Bustamante, destacado en la provincia de Guanajuato; Domingo Estanislao Luaces, comandante de Querétaro y Antonio Flon, destacado en la provincia de Puebla. Inclusive a algunos de ellos les ofreció el mando militar del ejército trigarante, pues –en palabras del propio Iturbide– “aunque yo sea quien lo he formado, no aspiro a otra cosa que a la felicidad de nuestra Patria y servir gustoso a las órdenes de cualquier individuo que merezca la mayor confianza de nuestros compañeros de armas”. Debe destacarse, que el único militar de alto prestigio que aceptó casi sin reservas unirse a la causa trigarante desde un primer momento fue Vicente Guerrero, quien para comienzos de 1821 ostentaba el grado de teniente general, siendo reconocido como tal por los demás jefes insurgentes de la comandancia del Sur.

La posición geográfica de los contactos militares de Iturbide permite vislumbrar que su estrategia inicial era provocar un levantamiento simultáneo en las provincias circundantes de la capital del virreinato: Nueva Galicia, Valladolid, Guanajuato, Querétaro, Puebla y la comandancia del Sur. Su intención era rodear y dejar incomunicada a la ciudad de México desde un primer momento. Sin embargo, esta estrategia inicial no pudo ser realizada porque ninguno de los militares ya mencionados aceptó sumarse al plan de independencia.

Esto provocó que a partir de marzo de 1821, el ejército de las tres garantías iniciara una campaña militar consistente en dos pasos: primero ganar y asegurar las provincias para después avanzar sobre la capital del virreinato con las tropas provinciales. De manera simultánea, los puertos de ambas costas –Veracruz y Acapulco– habrían de ser bloqueados para impedir la entrada de nuevas tropas y pertrechos para los realistas.

La estrategia militar de Iturbide consistió en pasar de la circunferencia al centro de la Nueva España.

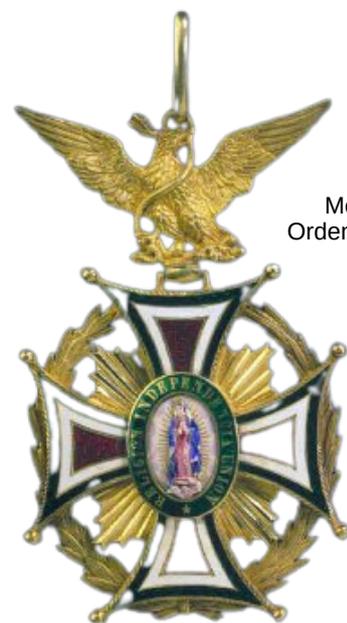
A mediados de marzo, algunos militares –como Anastasio Bustamante– decidieron sumarse al movimiento trigarante y poco a poco se logró tomar el control de las provincias novohispanas. Después de varios enfrentamientos armados, a comienzos de septiembre de 1821 la estrategia militar concebida por Iturbide, y aplicada por sus comandantes de división, probó ser exitosa, pues la capital del virreinato quedó aislada y sus defensores perdieron toda posibilidad de resistir militarmente.

El episodio del sitio de México es un buen ejemplo de la doble estrategia de Iturbide, ya que, por un lado, el ejército hostilizó a las tropas acantonadas en la capital y, por otro, las corporaciones capitalinas, como el ayuntamiento, entraron en conversaciones con los jefes trigarantes para lograr una capitulación ordenada y exenta de excesos militares.

Consideraciones finales

Como puede verse, Agustín de Iturbide concibió no sólo un plan de independencia, sino también la manera de efectuarlo. A tono con la mentalidad militar de la primera mitad del siglo XIX, que consideraba que la guerra era un medio para incidir en el devenir político de las naciones, Iturbide concibió una estrategia doble, política y militar, para imponer su proyecto de independencia.

La estrategia iturbidista, consistente en el convencimiento político de diferentes corporaciones y en una guerra de asedios contra las principales ciudades del virreinato, fue un modelo efectivo que arraigó en la mentalidad de los militares formados en la guerra civil de 1810-1821. De esta manera fue que la pluma y la espada se convirtieron en elementos inseparables para efectuar cambios en el devenir del naciente Estado mexicano.



Medalla de la Orden de Guadalupe